





# EL TIEMPO DEL OGRO

---

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA

---

CUENTOS



SIMPLEMENTE  
EDITORES

© de los textos: Diego Muñoz Valenzuela

© De esta edición:

Simplemente Editores SpA  
Príncipe de Gales 5921 oficina 910  
Teléfono: 56 2 2752 0057  
www.simplementeeditores.cl  
contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual: N° 288391

ISBN: 978-956-8865-44-3

**Diseño y diagramación:**

Sergio Cruz

**Impreso en:**

Donnebaum  
Septiembre, 2017

Ch863

M971t Muñoz Valenzuela, Diego, 1956-.  
Tiempo del Ogro, El/ Diego Muñoz Valenzuela. -- 1a. ed. --  
Santiago de Chile: Simplemente Editores, 2017.  
184 p. ; 15 x 23 cm.  
ISBN: 978-956-8865-44-3

1. Cuentos Chilenos. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

# EL TIEMPO DEL OGRO

---

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA

---

CUENTOS





*A Héctor Garay Hermosilla y  
Remigio Muga Ruiz de Gamboa,  
extraviados en la neblina densa  
y terrible del tiempo del ogro.*

*A Carlos Contreras Maluje y Leandro Arratia,  
símbolos de quienes ofrendaron su vida por la libertad.*

*A todos quienes lucharon con coraje, dignidad y decisión  
para enfrentar al terrorismo de estado.*





# Esperándolo

El hombre ama la libertad, escribe su nombre en las murallas de su ciudad (como Éluard), en hojas de papel pequeñas que deja caer luego desde sus manos, anda dibujándola en los rostros de quienes se atreven a escucharlo. Cuando su compañera no puede estar con él, lo espera inquieta en medio de la noche; acaricia a su hijo mientras duerme. Él despierta a veces y pregunta por papá. Ella contesta –trabajando– y el niño vuelve a dormirse feliz. Mientras cierra los párpados, a los ojos de la madre asoman lágrimas que no la dejan dormir ni moverse del lado de su hijo. Sólo se tranquiliza cuando en la madrugada siente el juego de cerraduras, goznes, pasos acercándose, olor a transpiración, húmedo beso en la boca que la relaja, cuerpo que abraza con fuerza, dedos que la acarician. Así, muchas veces en el mes. Él le dice simplemente –volveré tarde esta noche– y ella comienza a sufrir por el temor de perderlo, pero no dice nada, pues lo ama tal como es. Ahora lo espera con los dedos enredados en el cabello de su niño durmiendo, lucha contra el cansancio que la va venciendo, se va entregando a un sueño que se abre como un telón de pronto, donde hay cosas que no entiende, carreras, hombres que gesticulan y cuya voz no se escucha, ella desplazándose como cámara de televisión observando todo, en ese instante ve a su hombre cayendo, sin ruido, ametrallado, ve la camisa perforada de manchas rojas que van creciendo en tanto el hombre no deja de caer. Después está su hijo preguntando por papá, ella tratando de explicar, el niño gritando en la noche, el niño orinándose en la cama, el niño preguntando por papá, el niño con la misma risa del padre muerto, el niño con un volante que dice libertad en las manos, el niño

tratando de saber lo que significa esa palabra, el niño tan igual a su padre creciendo y leyendo a Brecht y a Prévert, el niño convirtiéndose en un joven de barba rala que le dice –llegaré tarde, mamá– Entonces la puerta abriéndose la saca de su sueño, aunque no alcanza a abrir los ojos cuando ya unos labios que conoce la muerden, cuando unos brazos la levantan en vilo y la llevan a la cama de ambos, cuando esas mismas manos salpicadas de tinta o de pintura comienzan a desnudarla, a hacerla morir de felicidad y deseo, a olvidar ese sueño negro que va empequeñeciéndose y alejándose hasta desaparecer, hasta pensar en que todo está por delante, en qué tonta ha sido de pensar en esas cosas.

## El hombre frente a la máquina

El hombre está sentado frente a la máquina. Teclea, teclea. Las páginas se van acumulando a su lado derecho. De vez en cuando examina unos manuscritos ubicados a su izquierda, de modo que puedan ser vistos con facilidad. Una lámpara de cuerpo flexible está inclinada sobre el escritorio iluminando la máquina y los apuntes del lado izquierdo. Hay un vaso con unos centímetros de alcohol y un cenicero y restos de cigarrillos. La casa es pequeña: tiene dos habitaciones, baño y cocina, también un estante amplio, empotrado en uno de los muros. Allí, en el fondo de ese estante están repartidas las piezas del mimeógrafo manual. El hombre lo sabe, pero las tiene separadas porque ahora carece de estencil y papel roneo y entonces no puede imprimir nada. Su mujer anda consiguiendo esos elementos en un lugar que les fue sugerido por alguien que no recuerda en este instante. Termina otra página, enciende otro cigarrillo, lo abandona en el cenicero, aferra el vaso con sus dedos, lo acerca a sus labios, bebe, coloca una hoja en blanco en la máquina, la ajusta, comienza a teclear de nuevo. Así van transcurriendo el tiempo y las páginas que se acumulan a su lado derecho. El humo baila frente a sus ojos y a veces se le introduce en ellos haciéndolos lagrimear, el hombre aparta el humo a manotazos mientras sigue pensando en lo que tiene que escribir y en su mujer que volverá con el papel y los estenciles y también recuerda que tiene hambre y que sería bueno que ella volviera pronto, así verían qué hacer de comer, quedaban unas papas, unas vienasas y un poco de lechuga, bastaría, todo esto lo piensa mientras mecanografía la última frase redactada y almacenada en su cerebro, en tanto la traspasa desde su mente hacia las líneas que se van dibujando sobre la hoja dispuesta sobre

el cilindro de la máquina. Siempre quedan tiempos libres intermedios. Luego debe elaborar la próxima frase de acuerdo a la idea central que está explicando. Como ya tiene mucha práctica, le resulta sencillo, sin embargo, requiere de toda su concentración, de toda su capacidad de aislamiento, necesita estar como a mil kilómetros de la máquina de escribir que tiene al frente pensando en cómo ilustrar la idea que debe llevar al papel apretado contra el cilindro negro, recordando a intervalos a su mujer que está por regresar y en la comida y en sus ojos suaves como sus piernas. Sí, esta tarea exige toda su capacidad de abstracción, TODA, por eso no siente la llave introduciéndose en la chapa, por eso no escucha el click de la cerradura, ni los pasos de los hombres que comienzan a destruirlo todo con golpes de culata y descargas de metralla.

# Perros

Abril, 8

Querido Armando:

Tal vez pienses, al leer esta carta, que se trata de una exageración lo que voy a relatarte. Sé que no es la mejor forma de reiniciar la correspondencia que abandoné meses atrás. Sin embargo, la realidad que he vivido en estos días es tan extraña que lo que voy a contarte es un reflejo débil de aquello que me ha tocado presenciar. ¡Quizás qué deberé ver aún, en lo que me reste de vida!

Déjame explicarte y, por favor, ten la paciencia de escuchar las que posiblemente sean mis últimas palabras.

Debo comenzar narrando un hecho que está conectado con mi actual situación, pero al cual no le había prestado la menor importancia. Tendría unos dos o tres años, cuando concurrí junto con mis padres a visitar la mansión de una conocida artista. Era un pequeño palacio hecho en madera, piedras desnudas, fierro forjado y provisto de un jardín selvático y descuidado; en suma, un lugar óptimo para estimular la imaginación y la felicidad de un niño. Me lancé sin demora a explorar aquel follaje promisorio de aventuras, pleno de hierbas y musgos exóticos. La tierra permanecía húmeda a causa de la sombra que proyectaban árboles enormes. Apenas comenzaba a disfrutar de este espectáculo cuando fui atacado por primera vez. La faz de la bestia estaba suspendida sobre un conjunto de gladiolos y desde allí me arrojaba destellos con sus ojos enrojecidos y animados por designios de muerte. De improviso saltó derribándome. El perro estaba sobre mí, centelleante, acercando sus colmillos.